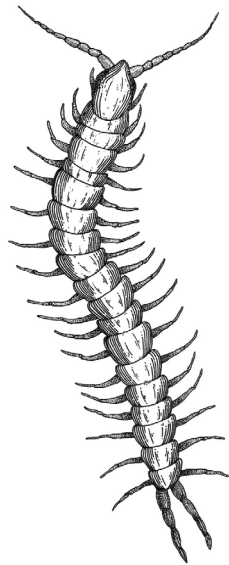


El Milagro dentro de las Paredes



Por Caroline Vitkovitsky



Este libro está dedicado a mis queridos hermanitos,
que una vez rogaron por “un último cuento” antes de dormir... y todavía lo recuerdan, años
después.

Ojalá que ustedes y Theo tengan muchas más aventuras, preferiblemente no juntos.



Durante semanas, una ciempiés doméstica de brillantes bandas marrones llamada Vincenza se había acurrucado alrededor de sus huevos, protegiéndolos de los depredadores. Su devoto esposo, Leonardo Scutigera Sr., había esperado cerca, trayendo un refrigerio de vez en cuando: una migaja de una galleta que la aspiradora había perdido o, en los días de suerte, tal vez una pequeña hormiga. El miércoles por la noche, el radiante padre, al escuchar los primeros pequeños rasguños de sus hijos luchando contra sus huevos, corrió escaleras abajo a la cocina para buscarles comida.

Estaba demasiado emocionado para notar el ratón, observando con avidez cómo Leonardo arrastraba una migaja de pan duro fuera de la cocina y de regreso al piso de arriba. Al ratón no le interesaban las migajas: se había atiborrado muchas veces de pan duro en el pasado y ahora le resultaba poco atractivo. Pero un ciempiés... Eso era un asunto completamente diferente. Los ojos brillantes del ratón brillaron más mientras seguía a Leonardo de regreso al nido cálido y húmedo de periódicos que la feliz pareja había construido con tanto cuidado alrededor del pequeño montón de huevos de Vincenza. ¡DOS ciempiés grandes de color marrón brillante y huevos al punto de eclosionar! Los primeros de los jóvenes habían comenzado a salir de sus cascarones y, cuando se liberaron de sus caparzones, el ratón atacó.

Pisoteó a Leonardo en su prisa, y Vincenza apenas tuvo tiempo de darse la vuelta antes de que los dientes largos y estrechos de la criatura destrozaran la pila de huevos. Al darse cuenta de la causa perdida, los padres corrieron hacia un lugar seguro en el techo. El ratón apenas los falló mientras se alejaba, todavía saboreando

el sabor de los ciempiés bebés que acababa de consumir. Leonardo quedó helado de horror al darse cuenta de que había llevado a un depredador voraz directamente hacia su familia. Se volvió hacia Vincenza, que temblaba de pena.

Mientras la desconsolada pareja regresaba sigilosamente a su nido y hojeaba trozos de periódico en busca de niños que pudieran haber sobrevivido al ataque, Leonardo jadeó. Vincenza se movía lenta y torpemente, y vio la razón: ¡casi la mitad de sus piernas de un lado habían desaparecido! Ella le sonrió débilmente. “Era el ratón”, explicó. “Sus dientes me atraparon y solo escapé porque él me los arrancó de un mordisco”. Una nueva punzada atravesó el corazón de Leonardo.

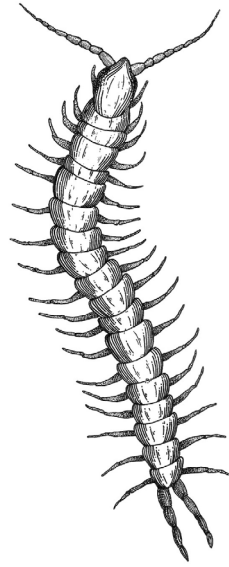
Pero entonces, ocurrió un milagro dentro de las paredes del baño de arriba del 216 Calle de Lawhorn. Vincenza y Leonardo lo vieron al mismo tiempo. Un huevo, una pequeña mota grisácea, quedó atrapado entre dos de las piernas de Vincenza. Contuvieron la respiración mientras pasaban las horas, rezando por movimiento. Cuando el cielo nocturno se volvió gris pálido, Leonardo Theodore Vincent Scutigerae Jr. nació un jueves por la mañana en un mundo lleno de devastación y tragedia.

Nacido en dolor, el joven ciempiés estaba destinado a ser seguido por él por el resto de su vida. Su madre vivió sólo unas pocas horas después de su eclosión, suficientemente largas para ponerle nombre y decirle que lo amaba. Su padre apenas miró al niño, consumido por la preocupación por su esposa. Corría entre su casa y la cocina, buscando deliciosos bocados para tentar el apetito de Vincenza. La llevó más cerca de los tubos de cobre que irradiaban calidez. Pero ella se estaba alejando de la vida y nada podía atarla a este mundo. Mientras su vida decaía, Vincenza susurró:

“Mis muchachos. Leo y Theo. Los amo a ambos.” Fueron las últimas palabras que pronunció.



Miracle between the Walls



by Caroline Vitkovitsky



This book is dedicated to my dear younger siblings, who once asked for “one last bedtime story”... and still remember it, years later.

I hope that you and Theo have many more adventures, though preferably not together.



For weeks, a shiny, brown-banded house centipede named Vincenza had curled around her eggs, protecting them from predators. Her devoted husband, Leonardo Scutigera Sr., had waited alongside, bringing an occasional snack: a crumb of a cookie the vacuum cleaner had missed or, on lucky days, perhaps a small ant. On Wednesday night, the beaming father, hearing the faint scratchings of their children breaking free from their eggs, ran downstairs to the kitchen to look for food for them.

He was too excited to notice the mouse, watching hungrily as Leonardo dragged a crumb of stale bread out of the kitchen and back upstairs. The mouse was not interested in crumbs: he had gorged himself on stale bread many times in the past and now found it unattractive. But a centipede... now that was a completely different matter. The mouse's beady eyes gleamed as he followed Leonardo back to the warm, damp newspaper nest the happy couple had so carefully built around Vincenza's little pile of eggs. TWO large, shiny brown centipedes with eggs about to hatch! The first of the young had begun to hatch, and when he broke free of his shell, the mouse attacked.

He leapt over Leonardo in his haste, and Vincenza barely had time to turn around before the creature's long, narrow teeth ripped apart the pile of eggs. Realizing that their battle was already lost, the parents ran to safety on the ceiling. The mouse hardly thought of them as he ambled away, still savoring the taste of the baby centipedes he had just consumed. Leonardo was frozen in horror by the realization that he had led a voracious predator straight to his family. He turned to Vincenza, who was trembling with grief.

As the heartbroken pair crept back to their nest and turned over scraps of newspaper in search of any babies who might have survived the attack, Leonardo

gasped. Vincenza was moving slowly and awkwardly, and he saw the reason: almost half of her legs on one side of her body were gone! She smiled weakly at him. "It was the mouse," she explained. "His teeth caught me and I only escaped because he bit them off." A fresh pang shot through Leonardo's heart.

But then, a miracle occurred within the walls of the upstairs bathroom at 216 Lawhorn Street. Vincenza and Leonardo saw it at the same time. An egg, a small grayish speck, was trapped between two of Vincenza's legs. They held their breath as the hours passed, praying for movement. When the night sky turned a pale gray, Leonardo Theodore Vincent Scutigerae Jr. was born on a Thursday morning into a world of devastation and tragedy.

Born in pain, the young centipede was destined to be followed by it for the rest of his life. His mother lived only a few hours after he hatched, just long enough to name him and tell him that she loved him. His father barely looked at the boy, consumed with concern for his wife.

He ran between their home and the kitchen, seeking delicious morsels to tempt Vincenza's appetite. He carried her to the copper piping that radiated warmth. But she was slipping away and nothing could tie her to this world. As her life ebbed away, Vincenza whispered softly: "My boys. Leo and Theo. I love you both." They were the last words she ever spoke.

